

XIII

ROSENDA Y RUDESINDA

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colas el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazon, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpétuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa,

que no lo era si se ha de decir la verdad, como el que su familia no fuera noble y distinguida.

¡Ay! ¡Qué familia la suya!...

Su madre, sin ir más lejos, era una tarasca... Su padre tenía todo el aspecto de un cavador, que era lo que hasta poco antes había sido... Y la niña se quejaba amargamente de esta desgracia lanzando suspiros lastimeros á cada instante.

—¡Dios mío!—decía una noche delante de su armario de luna.—¿Por qué ha de ser mi madre tan pandorga siendo yo tan delicada y tan fina?

Y la reflexion llegó á apenarla tanto, que se la saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras, hija de mi vida?—la decía su madre, que la sorprendió limpiándose los ojos.—¿Qué te aflige?... ¡Pues si tenemos tanto dinero, hija mía!... ¡Si puedes tener todos los vestidos que quieras y todas las joyas que se te antojen!... ¿Qué te falta?... ¿No eres feliz?...

—No, mamá; no soy feliz—contestaba ella con voz doliente.—No soy feliz, y tú tienes la culpa de que no lo sea.

—¿Yo, hija de mi alma?... Pues si no pienso en otra cosa más que en complacerte y contentarte.

—Sí; pero eres muy ordinaria, y me haces sufrir mucho con eso. ¿Te acuerdas del verano pasado cuando fuimos á aquella romería con don Angel Caballero?... Ya ves, como conoce y trata á toda la buena sociedad, yo me esmeraba en hacerle creer que nosotros tambien éramos gente distinguida, y me desmayé y todo, porque en el colegio había oído á Ifigenia que las señoritas debían desmayarse alguna vez para parecer finas y delicadas... Pero luego tú, cuando comimos en aquellos prados que estaban algo en cuesta, te echaste á rodar y diste tres vueltas ó cuatro... ¿Qué diría?...

—Pues perdóname, hija, que no lo volveré á hacer.

—Y además, eres tan habladora y tan poco mirada para hablar, que á lo mejor podrá enterarse cualquiera de que primero estuvimos en situación humilde y baja. El otro día, cuando fuimos á visitar á la señora del gobernador, ya ves, allí, que habías de haber estado muy reservada para que creyese que éramos más que ella, en seguida empezaste á decir: —«Cuando estábamos nosotros en la mina *Eufrasia*...» —«No, mamá—dije yo saliendo en seguida á cortarte:—si la mina donde estaba papá de ingeniero jefe se llamaba *Adela*, como la abuelita... tú te confun-

des... Eufrasia te ha quedado de que se llamaba así la mujer del capataz... ¿no te acuerdas?» —«No, hija mía—insististe sin darte por entendida:—que la mujer del otro capataz se llamaba Rosenda, como tú.» —«Esa era la del de la otra mina, de la *Consuelito*, de que también era ingeniero papá»—tuve yo que decir á toda prisa, dándote un codazo al mismo tiempo para que lo acabaras de entender; porque si te dejo, en un instante hubieras enterado á la gobernadora de que habíamos vivido en una mina donde estaba de capataz mi padre. Y eso que bien claro lo diste ya á entender con aquello de «la mujer del *otro* capataz»; como quien dice: el otro, porque el uno era mi marido.

—Yo no reparé, hija mía.

—Es claro, nunca reparas... Y luego también la dijiste que la mujer del otro capataz se llamaba Rosenda, como yo, para que creyera que había sido mi madrina... Y bastante malo es que lo fuera, cuanto más el que tú lo andes publicando...

—Deja, hija mía—dijo muy compungida la mamá,—que yo tendré cuidado en adelante.

—No, no le tendrás—la replicó la hija,—ya sé yo que no le tendrás, porque parece que á tí y á papá no os da más por esas cosas, ni os importa que yo sufra...

—Pero, hija, ¿cómo dices eso, cuando sabes que te queremos tanto, que tenemos los ojos puestos en tí y que no pensamos más que en que estés contenta?

—Sí, me querréis, no digo que no; pero como si no me quisiérais, porque no me comprendéis, no podéis comprenderme... No tenéis bastante inteligencia, y además estáis muy mal educados... La madre Beaumont es la que me ha comprendido á mí... Por eso decía á todos que yo tenía muchísimo talento...

II

Pero lo que la entristecía más de todo á aquella pobre cursi, era su nombre.

Se llamaba Rosenda, nombre que por lo basto y vulgar consideraba ella como una verdadera desgracia.

Y lo mismo su madre, que no se consolaba nunca del descuido de haberla dejado bautizar con él, ni perdonaba medio para ver de cambiársele por otro más fino.

—¡Pobre hija de mi alma!—decía la mamá en momentos de expansion á un jóven idiota y pretendiente.—No es feliz ni lo puede ser esta hija de mi corazón... A pesar de ser tan hermosa, porque ya ve usted que... no es por-

que lo diga yo que soy su madre, pero es muy guapa... Y además muy rica... Como que tiene su padre para ella tres millones de reales... Pues con todo eso no es feliz, por haberla puesto ese nombre tan ordinario. ¡Mire usted que á una criatura preciosa como mi hija irla á poner Rosenda!... Yo, como estaba tan mala, porque era la primera vez que daba á luz, no pude cuidar de que la pusieran un nombre más apropiado á su clase; y como la madrina, que era la señora de un compañero de mi esposo, de otro ingeniero, se llamaba también Rosenda, fué y la puso ese nombre, que hubiera sido bueno para una criada, pero no para mi hija.

Esta explicación que daba Matea, la mujer de Colas, no era verdad más que hasta cierto punto. La madrina había sido efectivamente quien había hecho poner su nombre á la hija de Colas; pero no era ingeniera, sino capataza, porque el compañero de Colas por aquel entonces era otro capataz, como él, de los trabajos de una mina.

Tampoco era verdad que el mal estado de salud de Matea la hubiera impedido enterarse del nombre que iban á poner á su hija; sino que aun no se la habían despertado las aficiones ridículas de grandeza que se la despertaron después, y la parecían buenos todos los nombres.

—He oído yo que el señor Obispo, cuando confirma, puede cambiar el nombre á las personas—indicó tímidamente el jóven incauto.

—¡Ay, Santiaguito! Ha oído usted muy bien—le contestó la señora de Colas con voz dolorida;—pero ni eso nos vale, porque tenemos la desgracia de que Rosenda ya está confirmada... ¿Sabe usted? Las familias de la buena sociedad acostumbramos á llevar á confirmar los niños muy pronto, en seguida de bautizarlos, *ó antes*... Así mi hija fué confirmada de muy pequeña, y dicen que ya no se puede volver á confirmar, porque ese Sacramento imprime carácter; cosa que yo casi no puedo creer, porque mi esposo también está confirmado, y, la verdad, no tiene carácter ninguno: tan pronto dice una cosa como otra... Pero el caso es que no se puede repetir la confirmación, y la desgracia de mi hija no tiene remedio.

—Acaso acudiendo al Papa...—volvió á insinuar el jóven insustancial y fino.

—También hemos pensado ya en eso—le replicó Matea;—y ya mi esposo ha preguntado en una Agencia de *creces* (había oído decir *de preces* y había entendido mal), á ver si es posible conseguirlo, y han quedado en darle la razón. Y crea usted que como se pueda alcanzar, aunque nos cueste un ojo de la cara, no lo dejamos... Porque esa criatura no vive, de

pena, y á cualquier precio quisiéramos sacarla de la tristeza y la melancolía en que se consume... Ya ve usted: sus hermanas pequeñas, todas tienen nombres bonitos, porque ya he podido yo cuidar de eso. Elisa, Raquel, Transfiguración, Enriqueta... Pero ella, la pobre...

III

Un año por la primavera se la antojó á Rosendita venir á la corte, porque una compañera de colegio la había dicho que ese era un requisito imprescindible para figurar entre la gente elegante, y su padre no tuvo más remedio que darla gusto.

Escribió á un amigo encargándole que les buscara habitación en un hotel bueno, y el amigo se la buscó en el hotel donde vivía otro amigo suyo que era diputado, Luis Lara, con el cual había almorzado y comido allí varias veces, pareciéndole la mesa y todo lo demás muy aceptable.

Llegaron; y don Sebastian, que así se llamaba el amigo á quien habían encargado buscarles alojamiento, les llevó al hotel, les presentó á Lara para que tuvieran desde luego con quién hablar en la mesa, y les dejó, á su parecer, bien instalados.

Pero la melancólica Rosenda comenzó á encontrarlo todo defectuoso y pobre y desproporcionado á su condicion y á su altura.

Cuando concluyeron de almorzar, Luis Lara, que es por quien yo he sabido los principales detalles de esta historia, salió con ellos del comedor y les acompañó hasta el cuarto. Le hicieron pasar, y aprovechando el padre la ocasión de dejar á su hija acompañada, se fué á la calle á hacer unas compras.

—¡Ay, don Luis!—decía ella unos momentos despues á Lara, con un tono sentimental y cursi que había sido de moda allá hacia el año de 1837,—vamos á tener que mudarnos de hotel... Lo siento por usted, ya que hemos tenido el gusto de conocerle y es usted tan simpático...

—Muchas gracias.

—Pero nosotros no podemos estar aquí.

—¿Por qué?—la preguntó Lara.

—¡Ay!... Porque ¿no ve usted que es todo tan viejo? (Estupezación de Luisito.) La alfombra de la escalera está tan pisada...

—Naturalmente, como que para eso la pondrían... Y luego, ya vé usted, estamos en Abril, la habrán puesto en Noviembre, ha hecho servicio todo el invierno, y como sube y baja tanta gente... La quitarán ya de un día á otro y pondrán una esterilla de verano; de manera

que si no es más que por la alfombra, creo que no deben ustedes marcharse.

—¡Ay!... Pero, mire usted, por pocos días que esté puesta esa alfombra tan vieja... como nosotros tenemos que recibir tantas visitas... Vendrá la marquesa... regularmente...

—¿Qué marquesa?—estuvo para preguntarla Luis; pero se contuvo y se limitó á decirla sonriendo:—Crea usted que aquí vienen todos los días marqueses y duques; y aún algunos viven en el hotel, sin que la alfombra les parezca tan mala.

—¡Ay!... Pero crea usted que cada uno á lo que se acostumbra, y nosotros no estamos acostumbrados á ver cosas tan deslucidas...

A lo cual ya Lara no se tomó el trabajo de replicar, porque creyó completamente inútil andar en más contestaciones con una criatura que le parecía tonta del todo.

El caso fué que aquella misma tarde, al oscurecer, dejando feo al pobre don Sebastian, que les había tomado la habitacion, se trasladaban el padre y la hija del hotel X al hotel Z, cuya alfombra la pareció á ella mucho más nueva, porque la vió á la luz artificial, y allí quedaron esperando la visita de la marquesa... que no era marquesa, sino amiga de un marques tronado, que se preparaba para dar y que al cabo dió á Colás un *sablaço* tremendo.

Unos días despues, aburrída la pobre muchacha en el hotel Z, porque era muy oscuro y porque además llegó á saber de cierto que en el hotel X, donde habían estado antes, vivía un duque que era senador, y un conde que era diputado, y otras muchas personas distinguidas, quiso volverse al hotel X sin reparar en lo pisada que estaba la alfombra, y envió á su padre á preparar el traslado.

Pero el dueño del hotel X no quiso recibirlos, pretextando que no tenía habitaciones.

—Ahí tiene usted—decía luego don Sebastian comentando con Luis el intento de vuelta frustrado por la negativa del fondista,—ahí tiene usted una pobre muchacha que es víctima de su mala educacion y de su riqueza...

—Y de su tontería—añadió Lara.

IV

Al verano siguiente se fueron Colas y su familia á veranear á Escobales, un pueblo de la Montaña.

La primera visita que recibieron apenas acababan de llegar, fué la del veterinario, Juanillo, que era á la vez secretario del Ayuntamiento y sacristan de la parroquia.

Este Juanillo había ido á la ciudad á estu-

diar para cura; pero á lo mejor se enamoriscó de la criada de la patrona y ahorcó los libros.

Los de Teología, se entiende; pues, por lo demas, como no le pareciera bien despues de haber pisado aceras volver de nuevo á estripar terrones, al dejar la carrera eclesiástica quiso hacer otra aunque fuera corta y humilde, y como hubiera allí Escuela de Veterinaria, se matriculó en ella para salir á «médico de los burros».

Fuése luego á ejercer su profesion á Escobales, y como no le daba mucho que hacer, ni áun extendiéndola á veces á los bípedos, porque unos y otros solían gozar de buena salud, aceptó la plaza de sacristan, aprovechando así sus conocimientos en la gramática latina.

Y por aprovechar tambien la parda, en la cual tampoco era lego del todo, obtuvo y desempeñó á la vez la secretaría del Ayuntamiento.

La mujer de Colas, la buena de Matea, se lamentó en seguida delante de Juanillo, como se lamentaba delante de todos, de lo desgraciada que era su hija por la feura de su nombre.

—¡Es un dolor!—le decía.—Esta pobre criatura con tan buenas condiciones para lucir y brillar en el mundo, se ve privada de todo

brillo y de todo lucimiento por llevar un nombre ignominioso: se llama Rosenda... ¡Pásmese usted!... ¡Rosenda una criatura tan fina!... La pusimos á educarse en el Sagrado Corazon, lo cual nos costó un dineral, con el fin de que adquiriera buenas relaciones, porque allí se educan todas las hijas de los condes y de los marqueses; pero no pudo intimar con ninguna... Claro, ya ve usted, ¿qué muchacha distinguida iba á hacer amistad con otra que se llamaba Rosenda?... Ellas que tenían todas unos nombres tan bonitos. Amparo, Luisa, Mercedes, Matilde... pero sobre todos, el nombre que más envidiaba yo era el de una hija de la Condesa del Enredo, que se llamaba Rudesinda... ¡Qué nombre tan fino y tan elegante para una señorita sentimental como mi hijal

—¡Ah! ¿Rudesinda la gusta á usted?—la preguntó Juanillo con extrañeza.

—Muchísimo, y á mi hija tambien; es su sueño dorado.

—Pues Rudesinda se llama su hija.

—¿Qué me dice usted, don Juan?... ¡Sí! ¡Ay, Dios!... ¡No fuera malo!...

—Malo ó bueno, es como usted lo oye. Si su hija se llama Rosenda, se llama Rudesinda tambien, porque Rudesinda y Rosenda todo es uno: Rudesinda en latin, Rosenda en castellano.

- ¿Pero lo dice usted de veras, don Juan?
 —De veras, doña Matea, de veras... No lo dude usted... ¿Tiene usted *Año Cristiano*?
 —Aquí no señor; pero creo que le tendrá el señor cura, y mandaré á pedirsele.
 —Mande usted por el tomo de Marzo...

Trajeron el libro, le abrió Juanillo por las primeras hojas, y dijo á doña Matea:

—Mire usted: 1.º de Marzo, San Rosendo, obispo.

—Justo: en ese día es ese santo antipático, y él me perdone, cuyo nombre tanto me está haciendo padecer...

—Bueno; mire usted aquí: «La misa es de San Rosendo»...; y vea usted aquí más adelante en la oracion... *beati Rudesindi confessoris tui*... ¿Está usted convencida?

—¡Ay! Dios le bendiga á usted, don Juan. No sabe usted cuánto se lo agradezco... ¡Qué alegren voy á dar á mi hijal!

Se fué Juanillo y vino la romántica niña con su habitual tristeza.

—Ven acá, hija mía—la dijo su madre entusiasmada;—déjame que te coma á besos, y alégrate, porque ya no te llamas Rosenda.

- ¿Pues cómo me llamo, mamá?]
 —Rudesinda, hija mía, Rudesinda, lo mismo que la hija de la Condesa.
 —¿Y quién me ha cambiado el nombre, mamá? ¿El Sumo Pontífice?...
 —No, hija mía: el veterinario.
 —Pero ¿tendrá facultades para eso?
 —Sí, hija mía; porque como es también sacristan y sabe latin, ha descubierto que Rosenda y Rudesinda es todo uno.
 —¿De veras, mamá?... ¡Dios mío, y lo que yo he sufrido envidiando este nombre!...

XIV

JUAN SANGRÍA

JUAN SANGRÍA

I

Desde pequeño fué muy negado.

Parecía á primera vista un niño muy listo, parlaba como una cotorra, no se acobardaba delante de la gente, decía una desvergüenza al lucero del alba; pero no le entraban las letras.

Comenzó á ir á la escuela con los demás niños de su edad, y en los dos primeros años no pudo aprender el Padrenuestro, ni supo conocer más letras que la *a*, á la cual llamaba el maestro la letra del burro.

En los años siguientes, á fuerza de machacar en él, fué aprendiendo algo, pero muy poco. Nunca jamas supo una leccion ni medianamente sino á la tercera ó cuarta tentativa.

Había en la escuela bandas de Roma y de Cartago, y ya se sabía, la banda á que pertenecía Juan era la que perdía la semana.

Porque á última hora del sábado, por muy atrasada que estuviera la otra, empezaba el contrario de Juan á hacerle preguntas, y cada pregunta le valía un punto.

Después, el domingo, iban á misa los niños de la escuela, formados en dos filas, cantando aquellos versos que empiezan:

¡Oh, María,
Madre mía!
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme
Y guiadme
A la patria celestial.

Cada fila era constituída por una banda, y la que había ganado en la semana anterior llevaba en un cartel pintado un *victor*, mientras la que había perdido llevaba otro cartel con la estampa de un burro. Y como éste le había de llevar necesariamente el que había tenido la culpa de que fuera vencida la banda, siempre era el portador del burro Juan Sangría ó Juan *el burro*, como le iba llamando ya la gente del pueblo.

Con estos auspicios y con esta fama llegó Juan Sangría, un poco más tarde, al estudio de latín, donde fué el hazmerreir de sus compañeros, y donde en tres años seguidos no

pudo pasar el *quis vel qui*, ó como se suele decir, el puente de los asnos.

Cuando el dómine le despidió, completamente desesperado de poder sacar nada de él, su padre le llevó al Instituto á ver si allí pasaba.

Pero en el Instituto sucedió lo mismo.

En dos años no pudo aprobar ni una asignatura siquiera.

—¿Cuál es la capital de Grecia?—le preguntó el catedrático de Geografía en el exámen.

Y Juan Sangría contestó:

—Ataulfo.

En el exámen de Historia le preguntaron qué rey fué el que cayó prisionero en la batalla de Pavía, y dijo que Esopo.

En fin, que el padre de Juan se persuadió de que su hijo no servía más que para empleado, cuando mucho, y como no estaba en las mejores relaciones con el diputado del distrito, se decidió á llevar á Juan para su casa á que esperara allí mejores tiempos.

Pero Juan tenía un tío carnal, cirujano del antiguo régimen, que dió en llevarle de acompañante cuando iba á ver á algun enfermo, y hasta concibió la mala idea de dejarle por heredero del partido.

—Mira—le dijo un día al salir para una

aldea, cercana al pueblo que les servía de ordinaria residencia,—vete fijando en estas cosas que, como ves, no son muy difíciles, y con que aprendas regularmente á sangrar y sacar una muela, yo te daré los formularios para que recetes tártaro emético ó tisana laxante, y con poco más puedes hacerte hombre.

Juan, que había envidiado muchas veces la buena vida que llevaba su tío, no echó la advertencia en saco roto.

Comenzó á pensar en la cosa, y á poco de pensarlo ya no cabía en sí de regocijo, figurándose que había de oírse llamar con el tiempo *el señor cirujano*.

¡Qué dirían entonces sus antiguos condiscípulos, que tanto se reían de él, y el que más no había pasado de fiel de fechos!

Su mismo apellido *Sangría*, cuyo significado era la esencia de la cirugía y aún de la medicina de entonces, constituía para Juan el más feliz augurio.

Tenía gran padrino y excelente maestro, que además de los libros, le dejaría en herencia un partido completo y un nombre no mal acreditado...

No cabía duda que llegaría á ser el rey del contorno.

Con estas esperanzas no perdía ocasion de

acompañar á su tío á visitar, ni perdía palabra ni gesto ni movimiento que su tío hiciera ó dijera delante de un enfermo, proponiéndose en todo imitarle.

Una tarde fueron á ver á un vecino que tenía una fiebre gástrica, y á quien habían dejado la tarde anterior muy aliviado, casi en convalecencia.

—Me alegro de que venga usted, señor don Lesmes—dijo la mujer del enfermo al tío de Juan.

—Pues qué, ¿hay alguna novedad?—la dijo el cirujano.

—Sí, señor; me parece que Francisco está peor que ayer tarde.

—¿Pues qué ha habido?... ¡Si le he dejado tan bueno!...

Y diciendo esto entró el cirujano, acompañado de su sobrino, en la habitacion del enfermo, y se puso á tomarle el pulso.

—¡Es claro! —comenzó á decir con tono severo.—¡Está peor!... ¡Yo lo creo!... No hacéis caso maldito de las prescripciones facultativas... ¡Qué remedio tiene más que estar peor!... Te dije que continuara á dieta—añadió dirigiéndose á la mujer, que había entrado en la habitacion detras de ellos—y ha comido...

—No, señor, no ha comido—balbuceó tímidamente la consorte.

—¿Cómo que no ha comido? ¿Me lo vendrás tú á decir á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso?... Y hasta te puedo decir lo que ha comido... Este enfermo ha comido... además del sopicaldo que te dije que le podías dar, ha comido gallina y hasta algunos garbanzos.

—Ocho ó diez nada más, señor don Lesmes—dijo el enfermo con voz temblorosa, maravillado completamente de la ciencia de aquel hombre;—y también es verdad que chupé una zanca de un pollo... Pero ¿quién había de pensar que tan poca cosa me había de hacer daño?...

—¡Pues ya se vé!... ¡Quién había de pensar!...—replicaba entre burlon y enfadado el físico.—Y todavía quería esta tonta venir á meterme á mí los dedos por los ojos... ¡Como si yo no conociera!...

—Es verdad, señor don Lesmes, es verdad—replicaban á un tiempo marido y mujer.—¡El que le haya de engañar á usted!...

—No—añadía don Lesmes muy satisfecho;—á mí no se me engaña. Y entre paréntesis, has tenido la fortuna—decía dirigiéndose al enfermo—de que me diera la idea de venir esta tarde; que si no vengo, esta noche vas á cenar con Cristo... Mientras que habiendo venido, creo que no habrá caso. Pero cuida-

do para otra. A ver, un poco de papel y un tintero...

Y despues de haber recetado un vomitivo, encargando que fueran en seguida á la botica y lo tomara pronto, salió de la casa con su acompañante, dejando al enfermo y á su mujer tan agradecidos como asombrados.

—Pero diga usted, señor tío—le preguntó Juan á don Lesmes cuando iban ya los dos solos á la calle abajo;—¿cómo ha podido usted conocer en el pulso, no solamente que había comido el enfermo, sino hasta la clase de alimento que había tomado? *Cencia* es esa á la que yo no me creo capaz de llegar en mi vida.

—Ni yo tampoco, hombre, ni yo tampoco—le respondió don Lesmes;—ni es necesario.

—Pues eso valdrá—repuso el sobrino;—porque si lo fuera, así llegaría yo á ser cirujano como usted Papa.

—Bueno, hombre, bueno; te repito que no es necesario; pero atiende, y no seas bruto. Mira: al entrar yo en el cuarto de un enfermo, me fijo en todo, y observo con cuidado hasta los menores detalles, especialmente hacia la cabecera de la cama. Esta tarde, apenas entré en el cuarto de este infeliz, comencé á observar como acostumbro, y en seguida ví á los piés de la silla en que me senté junto á la cabe-

cera del enfermo, dos medios garbanzos y la pelleja de otro; tendí la vista hacia el rincón de enfrente y ví dos huesos de pata de gallina. La cosa era indudable. ¿Para qué nos ha dado Dios el discurso?... Claro es que aquéllos eran despojos de la comida del enfermo. ¿Qué otra persona, si no, había de haber ido á comer allí? Fundado en este raciocinio hice la acusacion, y ya ves qué pronto lo confesaron todo... ¡Cualquiera convence ahora á esos desdichados de que yo no soy un pozo de ciencia!

—Está bien, señor tío, está bien—replicó muy satisfecho Juan.—La verdad es que á mí no se me hubiera ocurrido nunca; pero ahora que usted me lo dice, no se me ha de olvidar la treta.

II

Como todo llega en el mundo, á la vuelta de media docena de años estaba ya don Lesmes, despues de haber dado cuenta á Dios, pudriéndose en el santo malvar, y su sobrino visitando enfermos.

Por cierto que la cuenta de don Lesmes no debía de haber sido del todo llana, puesto que unas horas antes de morir se le oía decir, en el delirio, muy apurado y como quien contesta á una acusacion:

—No, ese no le maté yo; le mató el mancebo de la botica, que no entendió la cifra y, en lugar de medio grano de opio, puso media onza... No, ese tampoco le maté... ¡Si no le receté más que flor de malva!...

Y así por este estilo.

Pero Juan Sangría, que no pensaba por entonces en dar cuentas, sino en cobrarlas, no se acobardó por estas cosas, y en cuanto su tío espurrió la pata, se presentó á los avenidos, solicitando rehacer á su favor las escrituras de avenencia, y dale de aquí, dale de allá, á medio duro anual cada vecino, logró encabezar seis ó siete lugares que le habían de producir tres mil reales largos, cantidad bastante mayor que la que él soñó ganar en toda su vida.

Usaba el libro de recetas que tenía su tío, y aunque no le entendía del todo bien, cuando se encontraba con una palabra latina que no podía traducir ni apenas copiar, la sustituía con la castellana que le parecía más semejante, resultando de esto unas ensaladas de castellano y de latin que hacían á los boticarios morir de risa.

A veces despachaban éstos lo que buena mente creían que el sangrador había querido pedir; á veces determinaban llamarle para averiguarlo, y á veces, despues de averiguado,

despachaban solamente agua clara, para evitar un envenenamiento.

Con todo lo cual, bien se comprende que otro que no hubiera sido Juan Sangría, hubiera pasado gravísimos apuros.

Mas tambien se comprende que Juan no se apuraría demasiado; porque si en él la ciencia era poca, la vergüenza era menos.

Lo cierto es que así, con su completa falta de aprension y con las cosas que había oído y había visto hacer á su tío, las cuales procuraba guardar en la memoria para aplicarlas cuando caía, ó cuando á él le parecía que caía, aunque no cayera, iba tirando, y cobrando, que era lo principal de su intento.

Pero el refran lo dice: «No hace tantas la zorra, como paga en una hora», y eso que hace muchas. Y tampoco el sangrador había hecho tantas como pagó en la hora verdaderamente aciaga en que le sucedió lo que voy á referir para finalizar esta historia.

Un día fué avisado Juan muy de mañana para ver á un enfermo.

Era éste ya bastante anciano, y estaba atacado de pulmonía; pero Juan, que no supo apreciar otro síntoma que el de la tos, creyó que se trataba de un simple constipado, y quiso curársele como él se solía curar los suyos.

Le mandó que se estuviera en la cama, que no comiera y que tomara cazuelas de vino hervido con azúcar; con lo cual la calentura del enfermo fué creciendo hasta lo indecible.

Por la tarde al oscurecer volvieron á llamar á Juan Sangría, diciéndole que el enfermo estaba mucho peor, que se estaba ahogando.

—Cuando estos bárbaros se apuran así—decía Juan para su anguarina,—el pobre hombre debe de estar efectivamente muy malo.

Y echó á andar en el acto para casa del enfermo, discurriendo á ver á quién echaría la culpa del desastre.

Tenía el enfermo tres hijos, robustos mocetones y algo brutos, uno de los cuales había ido esta segunda vez á llamar á Juan, y entró á la vuelta con él en el cuarto donde estaba acostado el paciente ya moribundo.

Juan Sangría recordó entonces uno de los recursos de su tío que más le habían llamado la atencion, y comenzó á observar los alrededores de la cama.

No vió más que unas pajas por el suelo, caídas sin duda del jergon al mullirle, y despues de un breve rato de tener cogida la muñeca del enfermo, como si le tomara el pulso, exclamó con insolente gravedad:

—¡Es claro! Está peor, mucho peor; pero no tiene nada de extraño que lo esté, porque

cómo no hacen ustedes caso de las prescripciones facultativas... Les dije á ustedes que estuviera á dieta, y ha comido...

—No, señor; perdone usted, don Juan, pero no ha comido—le contestó el mozo que le acompañaba;—no ha hecho más que tomar las tres cazuelas de vino con azúcar que usted le mandó esta mañana.

—Sí, señor—insistía Juan cada vez más serio;—este enfermo ha comido. ¡Vaya! ¡Mé lo vendrán ustedes á negar á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso!

—Pues no ha comido.

—Pues sí ha comido. Y hasta les puedo decir á ustedes lo que ha comido... Este enfermo ha comido paja...

—Señor don Juan—le contestó el mozo formalizándose mucho,—me parece que no es ocasion de chancearse. Considere usted que se está muriendo mi padre, y vea si le puede aliviar; lo demas... andar en bromas ahora...

—No ando en bromas, zoquete, no ando en bromas—le interrumpió Juan levantando cada vez más la voz, y dispuesto á sostener su afirmacion á todo trance.—¿Qué sabes tú de esto? Ha comido y sé lo que ha comido... Sí señor... Lo he conocido en el pulso... A más de que ¿no tengo yo ojos?... ¿Crees que no he visto en cuanto entré las pajas caídas

por el suelo? Este enfermo ha comido paja...

—Paja la habrá comido usted, so animal, ó si no la ha comido, merecía comerla—dijo el mozo ya fuera de sí, soltando á Juan Sangría tan fuerte bofetada, que le hizo rodar por el suelo.

A los gritos acudieron los dos hermanos del agresor, y enterados brevemente del caso por esta exclamacion del primero: «¡Pues no dice el grandísimo bestia que padre ha comido paja!...», tomaron cartas en el asunto, y entre los tres llevaron á Juan Sangría á estacazos y á puntapiés hasta la puerta de la calle, administrándole tan formal paliza, que á duras penas salvó la pelleja.

III

No le quedó gana de volver á visitar enfermos... ¡Sí volvería!

Como que, tiempo andando, cuando iba al monte á hacer carbon, que fué el oficio que tomó despues, le hacían burla los otros carboneros voceándole desde un cerro á otro:

—¡Juan! Ese enfermo ha comido paja.

Y contestaba el pobre Juan, escociéndose todavía de los golpes:

—Lo que comí fué leña...

XV

BUENO ES PENSARLO, PERO NO TANTO

BUENO ES PENSARLO, PERO NO TANTO

La última vez que le ví estaba mi pobre amigo Eugenio paseándose en la galería del hotel X... una tarde friucha de Febrero.

Allí, entre cristales, como una planta tropical, él que había nacido entre la nieve, casi al pié de los picos de Europa, tomaba el sol, to-sía de cuando en cuando, y hablaba por entregas muy arrebuja-do en una lujosa manta de viaje.

—He cogido un catarro terrible—me decía, —no sé por qué, pues me guardo mucho del frío... y lo peor es que... por más que hago, no puedo deshacerme de él... Ya ves, no salgo de casa... me paseo aquí, que hay muy buena temperatura, bien abrigado... y nada... siempre estoy lo mismo...

Después de un buen rato de conversacion le dije:

—¿Pero no te fastidia ya la vida de fonda?
¿Por qué no te casas?...

—Sí, sí, pienso hacerlo pronto—me contestó.

—Me fastidia mucho esta vida; y eso que aquí no se está del todo mal, pero no estoy en mi centro; porque yo soy, como sabes, cariñoso y expansivo, y creo que nací para vivir en familia... Así es que pienso casarme pronto: no sé si podrá ser este año... Ya ves que es cosa seria y hay que pensarlo bien, pero...

—Me parece que lo piensas demasiado—le interrumpí: —hace ya muchos años que lo piensas y creo que no lo vas á hacer nunca... Ya no eres niño, y si lo dejas un poco más...

—¡Qué he de dejarlo, hombre! ¡Si tengo novia y todo!... Una andaluza monísima. La he conocido aquí en el hotel, donde estuvo pasando una temporada con sus padres... ¡Habla con una gracia! El primer día que almorzaron aquí, entró en el comedor con su madre, y se sentó enfrente de mí: luego cogió el panecillo entre las manos para partírla en dos, y al notar que estaba duro dijo:

—¡Huy! ¡Ezto ez del año pazaol!

—¡Y por eso te enamoraste de ella!...

—No, por eso no; sino porque es muy buena y muy hermosa; pero, aquella exclamacion me hizo mucha gracia: así es que á los pocos días estábamos ya en relaciones formales, y

como te he dicho nos vamos á casar muy pronto. He cumplido cuarenta y seis años... y reconozco que no tengo tiempo que perder. Por eso te aseguro que si acaso no puede ser este año, lo que es del que viene no pasa...

Así lo dijo con mucha formalidad y seguramente creyéndolo él mismo; pero no lo crean ustedes, porque hace ya más de veinte años que está diciendo la misma cosa.

Éramos todavía estudiantes cuando ya le conocí una novia morena, que, sin ser lo que se llama una hermosura, era simpática, tenía verdadero atractivo. ¡Estaba más entusiasmado!

Hubiéranle ustedes dicho que acaso pasaran todavía un par de años sin que estuviera casado con ella, y de seguro habría rechazado tal suposición como absurda.

Y efectivamente, antes de que acabara de pasar el par de años... tenía otra novia.

Porque había dado en pensar que aquella morena tan agradable, como era realmente, ó tan encantadora como le parecía á él, no iba á obtener el *placet* de su familia, por ciertas razones que él sabía ó se figuraba saber. Y como dió la casualidad que por entonces volvió á ver á una rubia preciosa, muy espiritual y muy poética que había conocido de niña, olvidó á Cármen, que así se llamaba la morena,

y se enamoró de Emilia, que éste era el nombre de la rubia.

Por supuesto con el firme propósito de casarse con ella antes de un año. Ya había él cumplido veintidos, y no estaba para gastar tiempo en amoríos ni en tonterías. Aquello iba á ir muy formalmente y por la posta. Al siguiente mes hablaría al padre de la hermosa rubia, y si éste no se oponía, que no era de creer... al medio año, ó cosa así, la boda.

Dos años habían pasado ya cuando volví á encontrarme con Eugenio en Madrid en una librería de viejo de la calle del Horno de la Mata, cerca de la del Desengaño, y apenas nos saludamos me faltó tiempo para decirle:

—Ya te habrás casado, por supuesto.

—No, todavía no; pero ahora ando tratando de eso—me contestó con evidente sinceridad.

—Pues ¿cómo has tardado tanto?

—Porque, te diré... ya no me voy á casar con Emilia, ¿sabes?... Aunque estaba muy enamorado de ella, y ella lo merecía, eso sí, porque es una criatura ideal; pero pensándolo todo bien, pues estas cosas hay que pensarlas mucho, he creído que no me convenía ese matrimonio, porque, mira, su padre se casó en segundas nupcias y tiene ya dos niños peque-

ños... Mañana puede morir su padre, y ¿cómo abandono yo esos niños?

—Pues no los abandones.

—Y ¿cómo los sostengo?...

—Pues no los sostengas... ¡Chico, chico, si lo piensas tanto y reparas en todo no te casas nunca!

—¡Ah, sí, sí, ahora sí me caso! Ya lo verás. Estoy ya en relaciones con otra. ¡Si vieras qué buena y qué hermosa es! ¡Tiene unos ojos negros!... El otro día la hice unos versos á los ojos, que la gustaron mucho.

—¡Malo, malo! Eso de andar con versos viene á ser lo mismo que andarse por las ramas... ¡Cuando yo digo que no te casas!...

—Te equivocas: eso de los versos fué así medio en broma, ¿sabes?... Empezaba diciéndola...

—Bueno, bueno, haz el favor de no recitármelos: quiero que hablemos de cosas más serias.

—No, si no te los voy á recitar todos; sino que la decía en la primera quintilla que había visto casualmente dos niñas muy hermosas que me habían gustado mucho, y despues de decirla más adelante que me había enamorado de ellas, que siempre estaba deseando volverlas á ver y que las veía hasta en sueños, concluía:

«Y... pero bien mío, siento
Que con celos te atormento...
Aparta fieros enojos;
Que las niñas de mi cuento
Son las niñas de tus ojos...»

¿No te parece un pensamiento muy delicado?

—Sí, muy delicado y muy bonito, pero... bagatelas, Eugenio, bagatelas y bobadas. No te entretengas en esas cosas y al grano, al grano. Déjate de romanticismos, ponte en lo práctico y á casarte pronto, con esa ó con otra, pero pronto.

—Con ésta, con ésta tiene que ser, y será muy pronto, no lo dudes, porque estoy enamorado. Y cuenta que voy á hacer una gran boda, pues Matilde, que así se llama mi futura mujer, además de ser muy guapa y muy buena es bastante rica.

—¡Bien, hombre, bien! Miel sobre hojuelas, como suelen decir. Adelante y que os haga Dios muy felices.

—Muchísimas gracias, y que tú lo veas...

Otras tres ó cuatro veces volví á ver á Eugenio en aquella temporada. Siempre le preguntaba cómo iba con su novia, y siempre me contestaba que admirablemente, queriéndose más cada día.

Llegó el verano, que espanta la gente de Madrid, y cada cual nos fuimos por nuestro lado. Yo no volví en el otoño; pasé bastante tiempo fuera de Madrid, y cuando volví, tampoco ví á Eugenio por la corte, lo cual me hizo suponer que se habría casado y estaría recluído en su montaña conforme á sus proyectos.

* * *

Doce ó catorce años creo que habrían pasado ya desde nuestra última entrevista, cuando nos volvimos á encontrar una tarde de verano en San Juan de Luz, camino de la playa.

Yo iba hacia el balneario y él volvía; le detuve, le dí un abrazo, y tratando él de desasirse me dijo:

—Déjame; ya te veré á la noche; voy siguiendo á mi amor. ¿No has encontrado á un caballero alto y canoso, con una señorita vestida de azul pálido?

—¡Pero, hombre!—le dije reteniéndole.—¿En esas me andas todavía? Me figuraba yo que tendrías ya hijas casaderas, y resulta que todavía andas tratando de buscar mujer con quien casarte... Francamente, yo te creía casado con aquella Matilde de los ojos negros... Como me lo ponías todo tan llano y tan plano...

—Y así estaba, no creas que no; pero des-

pues lo pensé mejor y me convencí de que tampoco me convenía aquel matrimonio tan ventajoso en apariencia. ¡Ay, amigo mío! Es necesario mirar mucho esas cosas, porque ya comprendes que una boda no se hace para un día ni para un año, sino para veinte ó treinta ó cuarenta si á mano viene...

—Lo que es tú no creo que la harás para muchos, si la haces. Al paso que llevas, se te va á pasar la vida pensándolo y te vas morir soltero.

—No lo creas, como no me muera este año.

—Dios quiera que no; pero, en fin... ¿Por qué no te casaste con Matilde, si se puede saber?

—Sí, hombre: tú lo puedes saber todo. Pues mira: recordarás que te había dicho que Matilde, además de ser muy guapa...

—Es verdad, recuerdo que me dijiste que tenía muy hermosos ojos.

—No solamente tenía bonitos ojos, sino que era muy guapa y muy buena, y además era rica.

—Cierto. Recuerdo que también eso me dijiste. Vamos, ¿y qué? ¿Resultó que no había tal riqueza y por eso lo dejaste? No te creía yo tan positivista.

—Ni lo soy; pero no adelantes el discurso: no es eso. Realmente era rica, es decir, lo era

su padre y lo habría de ser ella con el tiempo; pero casi todo lo que su padre tenía eran bienes nacionales, ó mejor dicho, bienes eclesiásticos, comprados por un zoquete allá al principio de la desamortización, cuando, por temor á las censuras de la Iglesia, apenas se presentaban compradores y se daban las fincas al primero que ofrecía algo por ellas.

—Pero tú...

—Sí, ya sé lo que vas á decir, yo no lo había comprado, ni siquiera iba á ser su dueño; pero lo serían mañana mis hijos, y yo mismo iba á aprovecharme de aquel caudal mal adquirido; y... ¿qué quieres?...

—Nada, yo no quiero nada. Por no querer, ni quiero ya verte casado.

—¡Calla! ¿Por qué?... ¿Pues no me estás aconsejando...?

—Sí, hombre, y lo deseo y me alegraría mucho; pero he querido decir que no te veré, de seguro.

—Bueno, pero ¿qué culpa tengo yo de...?

—Culpa tienes. No me refiero al caso que me estás contando. Respeto tu manera de ver esa cuestión, y á mí tampoco me gustaría casarme con una mujer que tuviera un caudal mal adquirido, porque casi viene á ser lo mismo que entrar en una compañía de ladrones. No tendrás culpa si quieres en este caso particular;

pero en general sí tienes culpa, porque en todo encuentras inconvenientes... ¿No tiene ninguno esa muchacha que ibas siguiendo?

—El caso es que ya me quitaste de seguirla hasta el Hotel de Francia, que es donde mora, y como todas las tardes la rindo ese homenaje ó la pago ese tributo, puede ser que se enfade al ver que hoy me he quedado por el camino.

—¿Y quién es, si lo sabes?

—Sí, es hija del Marques de Valdeflores, que es ese señor que la acompaña; no tiene ya madre ni más hermanos que uno que está en la Academia de Ingenieros, en Guadalajara; es bastante bien parecida, como habrás notado si la reparaste, y se llama Rosalía Mayo.

—Rosalía Mayo... Valdeflores... No puede darse otro novia más primaveral. Es un amor que parece que se le está viendo florecer, y sin embargo se me figura que no grana... Pero te estoy entreteniendo: anda, vete tras de ella.

—No: ya ¿para que? Ya está en casa. Me vuelvo á la playa contigo.

Nos fuimos efectivamente hacia los baños y me sué contando Eugenio con lujo de detalles el estado de sus relaciones con la hija del Marques, á la que sólo había podido hablar dos ó tres veces en el baile dominical de la *Merí*, como llaman allí á la Casa Ayuntamiento.

No recuerdo todas las cosas que me contó, pero bien sé que desde luego formé idea de que aquel proyecto de boda no llegaría á realizarse; sin que me hiciera cambiar de parecer el que pocos días despues me dijera Eugenio que había ya visitado al Marques y á su hija en el hotel y les acompañaba cuando iban al balneario, y el Marques le había dejado una tarjeta en la fonda donde él paraba.

* * *

Tres semanas estuve en San Juan de Luz, y al venirme á Madrid dejé allí á Eugenio tan entusiasmado con su marquesita, de la que era ya novio formal, sin pensar en abandonar la preciosa *Ville de la vie* (1), como la llama el antiguo refran, mientras ella no se marchase, y sin poder sufrir que yo pusiera en duda que se habían de casar al año siguiente en la primavera, muy temprano.

Y... ¡qué se había de casar!.. En el verano siguiente me escribió que se había descompues-

(1) *Saint-Jean de Luz, Ville de la vie, Bayonne son écurie, Ciboure sa poissonnerie...* San Juan de Luz, ciudad de la vida; Bayona es su cochera, Ciburu su pescadería.

to la boda, pues al tratar de fijar el día, él había querido diferirla un año ó dos más, porque estaba dando carrera á unos sobrinos y quería que la terminaran, con lo cual la novia y su padre habían creído que buscaba un pretexto para dejarlo, y habían roto.

* * *

Algun tiempo despues, por identidad de opiniones políticas por pertenecer ambos á una Junta católico-monárquica, llegó Eugenio á hacer conocimiento con un conde acaudalado y achacoso que tenía dos hijas casaderas muy agradables.

Afligiale al padre la suerte de éstas, pensando que el día en que él muriera, día que, á juzgar por lo averiado que se encontraba, no podía estar lejos, quedaban solas en el mundo.

Le atormentaba la idea de que, mal guiadas por su candor é inexperiencia, pudieran ser presa de algun par de perdidos, de esos que no llevan al matrimonio más que los restos de una juventud gastada en el libertinaje y en la crápula, y que al año de casados abandonan á su mujer y á lo mejor la pasan por delante de la vista el lujoso tren de una manceba costeado con su propia dote.

Y en cuanto fué conociendo la formalidad,

el talento, la honradez y demas excelentes cualidades de mi amigo, creyó que podía ser una buena adquisición y comenzó á intimar con él y á hacerle objeto de cariñosas distinciones.

Los demas compañeros de Junta lo notaron pronto, particularmente los que conocían el carácter del Conde, que no se pasaba de amable; y uno de ellos, más comunicativo que los otros y á quien había sido tambien muy simpático Eugenio, por si él no había caído en la cuenta, creyó conveniente advertírselo.

—¿No conocía usted al Conde—le dijo— hasta que se han visto ustedes en esta Junta?

—No, señor—le contestó Eugenio.

—Pues se conoce que le ha encantado usted: le quiere á usted mucho: no sabe qué hacerse con usted.

—Sí, está muy atento y muy amable: será ese su carácter.

—No, señor: todo lo contrario... Vamos, no es decir que sea desatento con nadie, eso no; pero es un hombre sério y casi casi un poco despegado, y con nadie hace lo que con usted... Creo que le ha visitado ya en el hotel donde usted vive...

—Sí, dos veces ha ido.

—Él mismo nos lo ha dicho anteayer en la Junta, antes de usted llegar; nos hizo grandes elogios de usted y dijo que había estado á

verle á usted y no había tenido el gusto de encontrarle en casa... Pues mire usted, no lo hace con nadie; prevalido de que está achacoso y le cuesta trabajo subir escaleras, no visita á nadie ni paga las visitas. Es usted para él una excepcion... Yo creo que le quiere á usted para yerno.

—¡Hombre!... ¿está usted loco?

—¿Usted sabe que tiene dos hijas muy monas?

—Sí, las he visto con él en la calle el día pasado.

—Pues anímese usted: fíjese usted en la que más le guste y pídasela pronto, que le hace usted feliz.

—¡Qué cosas tiene usted!

—Créalo usted, no sea usted niño. ¡Pues si casi nos lo declaró anteayer á nosotros cuando, como le he dicho, nos estuvo hablando de usted!

No podía Eugenio dudar de la formalidad del compañero de Junta que le hablaba; pero á mayor abundamiento el Conde volvió á visitarle, y pocos días despues le convidó á comer y le presentó á sus hijas, y luego, cuando se quedó solo con él, despues del café, le habló de lo malo que estaba el mundo y de lo mucho que sentiría morir sin dejar colocadas á sus hijas, y de que él no quería para ellas novios

ricos, ni sietemesinos de esos que no saben una palabra de nada, sino hombres honrados y formales y de talento, porque para él la honradez y el talento valían más que todos los títulos nobiliarios...

En fin, que se lo puso tan claro á Eugenio, que éste, á pesar de su modestia y timidez, se convenció completamente de que no tenía más que pedirle al Conde una de sus hijas y casarse.

Otro cualquiera en su lugar, una vez adquirido aquel convencimiento, se fija en una, en la que más le gusta, y la pide en seguida, como le había aconsejado el compañero de Junta. Pero á Eugenio le pareció que la cosa merecía pensarse, y que lo primero era estudiar á las hijas del Conde y conocerlas.

Del estudio resultó que las chicas parecía que se afligían poco por las dolencias de su padre, que ademas le decían alguna mentira por disculparse en cosas de poca importancia, que leían novelas á escondidas, y en fin, que á Eugenio ninguna de las dos le pareció bastante buena, y á pesar de que el Conde siguió mucho tiempo echándole indirectas, casi directas, no dió lumbres.

Y eso que ya entonces estaba decidido á casarse, y casarse pronto. Como seguía estándolo unos años despues, cuando le ví paseándose

en la galería de cristales, según referí al principio de esta historia.

Mas con toda su decision, yo sigo creyendo que no se casa nunca.

Lo piensa mucho.

POSDATA.—En este momento, apenas había acabado de escribir lo que antecede, llega el cartero y entre otras cosas me trae una esquila... ¿A ver?...

DON EUGENIO DE VILLATARDÍA...

Ustedes creerán que me da cuenta de su casamiento con aquella novia andaluza de que me habló la última vez. Ustedes creerán que en la esquila, despues del nombre de mi amigo, sigue la ridícula fórmula: *participa á usted su efectuado enlace, etc.*

Pues se equivocan ustedes.

La esquila dice sencillamente:

HA FALLECIDO

¡Pobre Eugenio!... Toda la vida pensando en casarse y se ha muerto soltero, como yo le pronosticaba.

¡Bueno es pensarlo, pero no tanto!

XVI

AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS